

un muchacho, que bajó por la pata del elefante, y fué á caer cerca de aquel hombre.

Era Gavroche. El hombre era Montparnasse.

En cuanto á este grito "kirikiú", era sin duda lo que el chico quería decir con "Preguntarás por el señor Gavroche".

Al oírle, se había despertado sobresaltado; se había arrastrado fuera de su "alcoba", separando un poco el enrejado, que había vuelto á cerrar cautelosamente; después había abierto la trampa y descendido.

El hombre y el muchacho se reconocieron silenciosamente en la obscuridad.

Montparnasse se limitó á decir:

—Te necesitamos. Ven á echar una mano.

El pilluelo no pidió ninguna explicación.

—Aquí me tienes,—dijo.

Y ambos se dirigieron hacia la calle de San Antonio, de donde había salido Montparnasse, serpenteando rápidamente á través de la larga fila de carretas de los hortelanos que á dicha hora bajan al mercado.

Los hortelanos, acurrucados en sus carros entre las verduras y las legumbres, medio dormidos, envueltos hasta los ojos en sus capotes para guarecerse de la lluvia, ni miraron siquiera á aquellos extraños transeúntes.



III

Peripecias de la evasión.

He aquí lo que había ocurrido aquella misma noche en la cárcel de la Fuerza.

Habíase concertado una evasión entre Babet, Brujón, Tragamares y Thénardier, aunque Thénardier estaba incomunicado.

Babet había dirigido el negocio, como se ha podido ver por las palabras de Montparnasse á Gavroche.

Montparnasse debía ayudarlos desde fuera.

Brujón, como había pasado un mes en el cuarto de corrección, había tenido tiempo, primero para tejer una cuerda y segundo para madurar un plan.

En otros tiempos, estos lugares severos en que la disciplina de la cárcel entrega al criminal á sí mismo, se componía de cuatro paredes de piedra, de un techo de piedra, de un suelo de losas de piedra, de una cama de campaña, de un traga-

luz enrejado, y de una puerta forrada de hierro, y que se llamaban "calabozos".

Hoy día el calabozo se considera como una cosa demasiado horrible, y se compone de una puerta de hierro, de un tragaluz enrejado, de una cama de campaña, de un suelo de losas de piedra, de un techo de piedra, de cuatro muros de piedra y se llama el "cuarto de corrección".

A eso del medio día se ve en él un poco.

El inconveniente de estos cuartos, que, como se ve, no son calabozos, es dejar pensar á los seres á quienes se debería hacer trabajar.

Brujón, pues, había meditado, y había salido del cuarto de corrección con una cuerda.

Como se le consideraba muy peligroso en el patio de Carlomagno, se le trasladó al Edificio Nuevo; y lo primero que encontró allí fué á Tragamares, y lo segundo un clavo; á Tragamares, es decir, el crimen; un clavo, esto es, la libertad.

Brujón, cuyo carácter debemos pintar completamente ahora, era, bajo una apariencia de complexión delicada y una languidez profundamente estudiada, un ganapán pulido, inteligente y ladrón, de mirada agradable y sonrisa atroz.

Su mirada era el resultado de su voluntad, y su sonrisa el resultado de su naturaleza.

Sus primeros estudios en el "arte" se habían dirigido á los tejados; había introducido grandes progresos en la industria de los ladrones de plomo, que levantan las planchas de las azoteas y arrancan los canalones por el procedimient llamado entre ellos de "tocino gordo".

Lo que en aquel momento hacía más favorable una tentativa de evasión, era que los plomeros estaban reparando y componían parte del empizarrado de la cárcel.

El patio de San Bernardo no estaba enteramente aislado del patio de Carlomagno y del patio de San Luis.

Había por la parte más alta andamios y escalas, ó en otros términos puentes y escaleras del lado de la libertad.

El Edificio Nuevo, que estaba lo más agrietado y ruinoso que puede imaginarse, era el punto más débil de la cárcel.

Las paredes estaban tan desgastadas por el salitre, hasta el extremo de ser necesario cubrir de un entablado las bóvedas de los dormitorios, porque solían desprenderse de ellos piedras, que caían sobre las camas de los presos.

A pesar de esta decrepitud, se cometía la falta de encerrar en el Edificio Nuevo á los acusados más peligrosos, de guardar allí las "causas graves", como se dice en el lenguaje carcelario.

El Edificio Nuevo tenía cuatro dormitorios sobrepuestos y una armadura de tejado encima que se llamaba Buenos Aires.

Un ancho caño de chimenea, que probablemente había sido de alguna cocina antigua de los duques de la Fuerza, partía del piso bajo, atravesaba los cuatro pisos, cortaba en dos partes todos los dormitorios, figurando una especie de pilar aplastado, que pasaba al otro lado del techo. Tragamares y Brujón estaban en el mismo dormitorio, y por precaución habían sido encerrados en el piso bajo.

La casualidad hacía que la cabecera de sus camas estuviese apoyada en aquel caño de chimenea.

Thénardier estaba precisamente sobre la cabecera de ellos, en esa armadura ó cubierta llamada Buenos Aires.

El transeunte que se detiene en la calle Cultere Sainte Catherine, más allá del cuartel de los bomberos, delante de la puerta cochera de la casa de baños, descubre un patio lleno de flores y de arbustos en cajones, en cuyo fondo se eleva entre dos alas una pequeña rotonda blanca, adornada con postiguillos verdes, el sueño bucólico de Rousseau.

No hace aún diez años, por cima de esta rotonda alzabase una tapia negra, enorme, horrible, desnuda, á la cual se hallaba unida.

Aquella era la pared del camino de ronda de la Fuerza.

Ese muro detrás de esa rotonda, era Milton visto por detrás de Berquin.

Por muy alto que fuera este muro, estaba dominado todavía por un tejado, más negro aún, que se divisaba más allá.

Era el tejado del Edificio Nuevo.

Descubriense en él cuatro buhardillas con reja, que eran las ventanas de Buenos Aires.

Una chimenea salía del tejado; era la misma que atravesaba por los dormitorios.

Buenos Aires, aquella cúpula del Edificio Nuevo, era una especie de desván extensísimo abuhardillado, cerrado con triples rejas, y puertas forradas de hierro y tachonadas de clavos enormes.

Cuando se entraba en él por la parte del Norte, quedaban á la izquierda los cuatro tragaluces, á la derecha, haciendo frente, cuatro cuartos cuadrados, bastante grandes, separados por estrechos corredores de mampostería hasta determinada altura, y desde allí al techo por barrotes de hierro.

Thénardier estaba incomunicado en uno de esos cuartos desde la noche del 3 de Febrero.

No se ha podido saber por qué medios había adquirido, y tenido oculta, una botella, de aquel vino inventado, dicen, por Desrués, que contiene un narcótico, y que la banda de los "adormecedores" ha hecho célebre.

Hay en muchas cárceles empleados alevosos, mezcla de carceleros y ladrones, que auxilian en las evasiones, que venden á la policía una domesticidad infiel, y que hacen saltar las portezuelas de los coches que transportan á los presos.

En aquella misma noche, pues, en que Gavrochillo había recogido á los dos niños perdidos, Brujón y Tragamares, que sabían que Babet, escapado por la mañana, les esperaba en la calle con Montparnasse, se levantaron silenciosamente, y empezaron á agujerear con el clavo encontrado por Brujón el caño de chimenea que estaba tocando á su cama.

Los yesones que se desprendían caían sobre la cama, de modo que no producían el menor ruido.

El turbión y los truenos conmovían las puertas en sus goznes, y producían en la cárcel un estrépito horrible y conveniente.

Algunos presos, que se despertaron, aparentaron volverse á dormir, y dejaron trabajar á Tragamares y á Brujón.

Brujón era diestro y Tragamares vigoroso; así es que antes que llegase el menor ruido al vigilante acostado en la celda enrejada que daba al dormitorio, esta-

ba ya agujereado el caño, escalada la chimenea, forzada la reja que cerraba el orificio superior, y en el tejado los dos temibles bandidos.

La lluvia y el viento redoblaban; el tejado estaba resbaladizo.

—“¡Qué oscura más á propósito para una escampavía!”—dijo Brujón.

Un abismo de seis pies de ancho y ochenta de profundidad los separaba de la pared de ronda.

En el fondo de aquel abismo veían brillar en la oscuridad el fusil de un centinela.

Ataron por un lado, á los restos de los barrotes de la chimenea que acababan de retorcer, la cuerda que Brujón había hilado en su calabozo; echaron el otro cabo por cima del muro de ronda, atravesaron de un salto el abismo, se agarraron al caballete del muro, pasaron las piernas por encima, se deslizaron uno tras otro por la cuerda hasta el cabriol del muro que tocaba con la casa de baños; tiraron hacia sí la cuerda, saltaron al patio de la casa de baños, le atravesaron, empujaron el postiguillo del portero, á cuyo lado colgaba el cordón; tiraron de éste, con lo que se abrió la puerta cochera, y se encontraron en la calle.

No hacía más de tres cuartos de hora que se habían puesto de pie sobre sus camas en las tinieblas, con el clavo en la mano y el proyecto en la mente.

Algunos momentos después se unieron á Babet y á Montparnasse, que vagaban por los alrededores.

Al tirar de la cuerda, rompióse ésta, quedando un trozo atado á la chimenea en el tejado.

No habían tenido más contratiempo que el de haberse desollado las manos por completo.

Thénardier estaba prevenido aquella noche, sin que se pudiese saber de qué manera había recibido aviso y no dormía.

A eso de la una, en medio de la oscuridad de la noche, vió pasar dos sombras por el tejado, por entre la lluvia y el viento, y por delante del tragaluz que daba frente á su calabozo.

Una de aquellas sombras se detuvo en el tragaluz el tiempo suficiente para dirigir una mirada; era Brujón.

Thénardier le conoció, y comprendió lo bastante.

Thénardier, designado como peligroso, y detenido como acusado de una emboscada nocturna á mano armada, estaba vigilado por un centinela de vista, que era relevado cada dos horas, y se paseaba con el fusil cargado por delante de su calabozo.

Buenos Aires estaba iluminado por un farol de pared.

El preso tenía unos grillos de cincuenta libras de peso.

Todos los días, á las cuatro de la tarde, un carcelero, escoltado de dos perros de presa, porque esto se hacía aún en aquella época, entraba en su calabozo, ponía cerca de su cama un pan negro de dos libras, un cántaro de agua y una escudilla de un caldo bastante claro, en que nadaban algunas habichuelas; reconocía los grillos, y golpeaba en los barrotes.

Aquel hombre volvía dos veces por la noche con sus perros.

Thénardier había conseguido que le permitieran conservar una clavija de hierro que usaba para colgar el pan en una hendidura de la pared, con objeto, decía él, de “ponerle á salvo de las ratas”.

Como estaba vigilado, no se había hallado inconveniente ninguno en dejarle aquella clavija.

Sin embargo, luego se recordó que el carcelero había dicho:

—Más valdría que la clavija fuese de madera.

A las dos de la mañana fueron á relevar al centinela, que era un soldado viejo, y fué reemplazado por un quinto.

Algunos momentos después, el carcelero, acompañado de sus perros, pasó la revista, y se retiró sin haber notado nada, excepto “la mucha mocedad y el aire solano del bisoño”.

Dos horas después, á las cuatro, cuando fueron á relevar al quinto, le encontraron dormido y tirado en el suelo como un tronco, junto al calabozo.

En cuanto á Thénardier, ya no estaba allí.

Los grillos yacían rotos por el suelo.

Había un agujero en el techo, y otro más arriba en el tejado.

Faltaba una tabla de la cama, que había desaparecido.

Hallóse en el calabozo una botella medio vacía, que contenía el resto del vino narcotizado con que se había dormido al centinela.

La bayoneta de éste había desaparecido también.

Al descubrirse todo esto, se creyó que Thénardier estaría ya fuera de alcance.

Pero en realidad, si no estaba ya en el Edificio Nuevo, se veía aún en gran peligro.

Thénardier, al llegar al tejado del Edificio Nuevo, había encontrado el resto de la cuerda de Brujón que colgaba de los barrotes de la trampilla superior de la chimenea; pero siendo muy corto aquel cabo roto, no había podido evadirse por encima del camino de ronda, como lo habían hecho Brujón y Tragamares.

Cuando se vuelve de la calle de los Bailes para entrar en la del Rey de Sicilia, se encuentra casi de repente, á la derecha, una sucia hondonada.

Había allí en el siglo último una casa, de que no queda más que la pared del fondo, verdadera tapia maciza que se eleva hasta la altura de un tercer piso por entre los edificios contiguos.

Distínguese esta ruina por dos grandes ventanas cuadradas, que aún existen; la de enmedio, que está hacia la derecha, está atravesada por una viga carcomida, sujeta por otro madero.

A través de estas ventanas se distinguía antes una alta y lúgubre pared, que era un trozo de la muralla de camino de ronda de la Fuerza.

El hueco que la casa demolida ha dejado en la calle, está ocupado en su mitad por una empalizada de tablas podridas, sostenidas por cinco guarda cantones de piedra.

En ese cercado se oculta una casilla apoyada contra la pared ruinoso.

La empalizada tiene una puerta, que hace algunos años se cerraba con sólo picaporte.

A la cima de esta pared era dónde había conseguido llegar Thénardier á las tres de la madrugada.

¿Cómo había llegado hasta allí? Nunca se supo ni ha podido explicarse.

Los relámpagos debieron auxiliarle y molestarle á un tiempo.

¿Se sirvió de las escalas y andamios de los pizarreros para pasar de un tejado á otro, de un cercado á otro, de una manzana á otra, de los edificios del patio de Carlomagno á los del patio de San Luis, después al mnro de la ronda, y luego al solar de la calle del Rey de Sicilia?

En este trayecto había soluciones de continuidad que lo hacían al parecer imposible.

¿Había usado la tabla de la cama como un puente desde el tejado de Buenos Aires hasta la tapia del camino de ronda; y arrastrándose por el caballete como una culebra alrededor de la cárcel hasta el solar?

Pero la tapia del camino de ronda de la Fuerza formaba una línea almenada y desigual, subía y bajaba, descendía hacia el cuartel de bomberos, y se elevaba hacia la casa de baños, estaba cortada por varios edificios, y no tenía la misma altura por el palacio Lamignon que por la calle Pavée; por todas partes presentaba líneas verticales y ángulos rectos; además los centinelas habrían visto en este caso el sombrío perfil del fugitivo; y aún así, el camino recorrido por Thénardier resulta casi inexplicable.

De ambas maneras resultaba imposible la fuga.

Thénardier, iluminado por esa terrible sed de libertad que transforma los precipicios en fosos, las rejas de hierro en cañizos de mimbres, la debilidad en fuerza, el gotoso en gamo, la estupidez en instinto, el instinto en inteligencia, y la inteligencia en genio; Thénardier, decimos, ¿había inventado é improvisado un tercer medio?

Nunca llegó á saberse.

No siempre es posible explicarse las maravillas de una evasión.

El hombre que se escapa, lo repetimos, está inspirado; hay algo de las estrellas y del relámpago en el misterioso fulgor de la huida, el esfuerzo hacia la libertad no es menos sorprendente que el vuelo hacia lo sublime; y se dice de un ladrón escapado: "¿Cómo lo ha hecho para escalar este muro?" Lo mismo que se dice de Corneille: "¿quién le inspiró tal concepto?"

Sea como fuere, Thénardier goteando sudor, empapado por la lluvia, destrozados los vestidos, desolladas las manos, ensangrentados los codos, despedazadas las rodillas, había llegado á lo que los niños llaman "el corte" de la pared ruinosa; y allí, faltándole las fuerzas, se había echado á lo largo.

La altura vertical de un tercer piso le separaba del empedrado de la calle.

La cuerda que tenía era muy corta.

Allí quedaba esperando, pálido, rendido, perdida toda esperanza, cubierto aún por la obscuridad de la noche, pero pensando en que iba á venir el día, aterrorizado ante la idea de oír dentro de algunos instantes las cuatro en el próximo reloj de San Pablo, hora en que irían á relevar al centinela, le encontrarían dormido y verían el techo agujereado; allí estaba mirando estupefacto una profundidad terrible, á la luz de los faroles, el suelo mojado y negro, aquel suelo deseado y espantoso que era la muerte y era la libertad.

Se preguntaba si sus tres cómplices de evasión habrían salido bien, si le habrían esperado, y si vendrían en su auxilio.

Escuchaba.

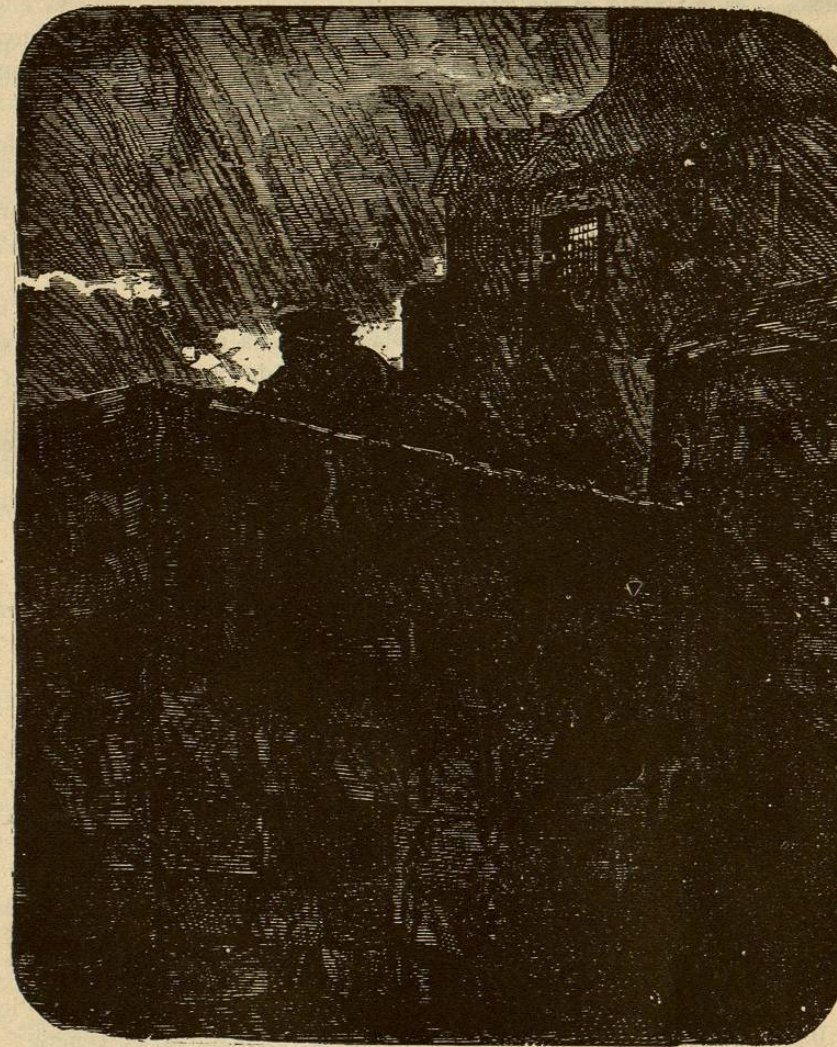
Excepto una patrulla, nadie había pasado por la calle desde que estaba allí.

Casi todos los hortelanos de Montreuil, de Charonne, de Vincennes y de Bercy que iban al mercado, bajaban por la calle de San Antonio.

Dieron las cuatro.

Thénardier tembló.

Pocos instantes después, aquel rumor espantadizo y confuso que sigue á una evasión descubierta, estalló en la cárcel.



El ruido de puertas que se abren y se cierran, el chirrido de las rejas sobre sus goznes, el tumulto del cuerpo de guardia, las roncadas voces de los carceleros, el choque de las culatas de los fusiles en los patios, llegaban hasta él.

Algunas luces subían y bajaban á las ventanas enrejadas de los dormitorios; una antorcha corría por el piso superior del Edificio Nuevo; los bomberos del cuartel próximo habían sido llamados.